

REVISTA COLOMBIANA DE PENSAMIENTO ESTÉTICO  
E HISTORIA DEL ARTE

EDICIÓN NÚMERO 3  
JULIO - DICIEMBRE DE 2015



UNIVERSIDAD  
**NACIONAL**  
DE COLOMBIA  
SEDE MEDELLÍN  
FACULTAD DE CIENCIAS  
HUMANAS Y ECONÓMICAS



**Director y Editor General**

Dr. Manuel Bernardo Rojas López, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, Colombia

**Comité Editorial**

Dr. Manuel Delgado Ruíz, Universidad de Barcelona, España

Dra. María Cecilia Salas Guerra, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, Colombia

Dra. María Eugenia Chaves Maldonado, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, Colombia

Dr. Adolfo León Grisales Vargas, Universidad de Caldas, Manizales, Colombia

**Diseño y diagramación**

Oficina de comunicaciones FCHE, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, Colombia

**Portada**

(Sin nombre). 1984 / Fotografía digitalizada a partir de fotografía análoga

Diego Augusto Arango Bustamante



PRESENTACIÓN

# INVESTIGAR DESDE LA ÉPOCA DE LA IMAGEN DEL SUBMUNDO<sup>1</sup>

*Nota aclaratoria:*

*Las opiniones de este texto son solo del autor y de ninguna manera se corresponden con la de todos los miembros del Comité Editorial, ni la de los integrantes del Grupo de Estética, de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia (Medellín), y mucho menos de la Universidad Nacional de Colombia, en general.*

---

1. Este texto se presentó en el Instituto Tecnológico Metropolitano en el marco del 2º *Encuentro Nacional de Estética y Nuevos Medios*, en el mes de septiembre de 2014. Se hicieron pequeños ajustes para esta publicación.



\* \* \*

Cuando Heidegger escribió su célebre texto de 1938 *La época de la imagen del mundo*, Europa estaba a punto de comenzar uno de los periodos más terribles de su historia; una época que se veía para muchos como una verdadera debacle y quizás, como el fin de la civilización occidental y sobre todo, de sus más altos valores culturales. Bajo el experimento preparatorio –de armas, aviones y formas de combate– que significó la *Guerra Civil Española*, que para la época del escrito era evidente que ganaría el bando nacionalista, la futura Guerra Mundial se avizoraba en el horizonte como una verdadera bestia apocalíptica o al menos como una inevitable desgracia de la que muchos no alcanzaban a entrever más que la punta de un terrible iceberg.

Justamente en 1938, Heidegger luego de sus años de fuerte compromiso con el Nazismo, empezó a tomar una distancia que aunque no expresa, sí ponía el acento en aspectos que la posteridad no podría negar. Entre ellos, que la dimensión política que el Estado había adquirido, la forma de su operación, era una arista de la forma de la técnica moderna y que por ende, entre los hornos crematorios, la industria, el estado máquina (alabado por Hobbes en el siglo XVII y sentido con aprehensión por los románticos en el siglo XIX y por Weber en el XX), la agroindustria y el sistema financiero, había más afinidades que diferencias, y que todas ellas obedecían, en términos de Heidegger, a la forma en que la metafísica había hecho lugar en ese periodo de tiempo que Occidente había llamado Modernidad.

Probablemente para muchos resulte antipática la contradictoria dimensión del filósofo alemán, sobre todo cuando tenemos en cuenta sus actitudes políticas, pero no por ello podemos pasar por encima de su pensamiento y en particular por ese texto de 1938 y que luego amplió en una serie de notas (quince en total), en donde es evidente que para él, la forma de representarse a sí misma de la Modernidad, es un modo del pensamiento metafísico, de entretenerse en lo ente y olvidarse del ser. En el comienzo del texto señala a la ciencia, la técnica, la estética, la cultura (convertida en problema de indagación) y las formas de religiosidad del cristianismo, como cinco modos en los cuales se manifiesta esa condición



del mundo moderno que en principio él no descalifica, ya que su propósito es presentar más que una cuestionamiento, un examen ponderado de lo que ello significa. En este sentido y sabiendo la importancia de la ciencia, el relieve que ha adquirido –a la técnica y a la estética, propiamente, dedicaría otros textos– decide centrarse en lo que según él, son los rasgos más conspicuos de su *modus* en la Modernidad.

Señala en primer lugar, que esa ciencia se define fundamentalmente por la *investigación*, que a la sazón es el: “Proceder anticipador [que] se instala en el ámbito de lo ente, en la naturaleza o en la historia.” Se trata de definir territorios sobre los cuales se despliegan proyectos (de ahí, lo anticipador); territorios que buscan precisar con exactitud no sólo objetos sino modos de proceder en esa investigación, y en este sentido es que la física con su perspectiva matemática, se convirtió en el baremo de toda cientificidad. Pero toda investigación, requiere además de un *método* (segundo rasgo) que permita objetivar lo que se investiga, estableciendo reglas, leyes y principios generales; en otras palabras, permite esclarecer lo que efectivamente se ha de investigar y que se vincula con la experimentación, que a la sazón es la forma de proceder de toda investigación y que evita que la representación allí obtenida no sea arbitraria y caprichosa. Un tercer rasgo de la ciencia moderna, dice Heidegger es su carácter de *empresa*, ya que es una forma de organización en donde se puede proyectar una investigación metódicamente elaborada y con posibilidades de éxito; en otras palabras, la ciencia necesita institucionalizarse para poder funcionar. En este punto, Heidegger apunta:

¿Qué es lo que sucede en la extensión y consolidación del carácter de institución de las ciencias? Nada menos que el aseguramiento de la primacía del método por encima de lo ente (naturaleza e historia), el cual se convierte en algo objetivo dentro de la investigación. Basándose en su carácter de empresa, las ciencias consiguen la mutua pertenencia y la unidad que les corresponde. Por eso, una investigación histórica o arqueológica llevada a cabo de manera institucional, está esencialmente más próxima de la investigación física correspondientemente organizada, que una disciplina cualquiera de su propia facultad de ciencias del espíritu, que se habrá quedado detenida en el punto de la mera erudición. Por eso, el de-



cisivo despliegue del moderno carácter de empresa de la ciencia acuña otro tipo de hombres. Desaparece el sabio. Lo sustituye el investigador que trabaja en algún proyecto de investigación. Son estos proyectos y no el cuidado de algún tipo de erudición los que le proporcionan a su trabajo un carácter riguroso. El investigador ya no necesita disponer de una biblioteca en su casa. Además, está todo el tiempo de viaje. Se informa en los congresos y toma acuerdos en sesiones de trabajo. Se vincula a contratos editoriales, pues ahora son los editores los que deciden qué libros hay que escribir

En este sentido, Heidegger, tal como lo vemos, termina por imbricar no sólo los saberes naturales sino también lo que en la tradición alemana se llamaban Ciencias del Espíritu y que de alguna manera son también nuestras Ciencias Humanas y Sociales<sup>2</sup>. Termina en todo caso, por señalar que este modo de proceder es lo que hace que se construya una cierta forma de Representación (la que él llama *imagen del mundo*) que cree conocer la verdad del mundo, pero en realidad lo que hace es que el hombre – como nunca antes, y ello ni siquiera con Protágoras en el siglo V a.C.– se ha convertido en baremo, medida y fundamento de la imagen del mundo. En otras palabras, la fórmula la consideramos no sólo imagen del mundo sino que es el mundo mismo, el horizonte vital, lo entendemos a partir del carácter abstracto de una fórmula tras la cual habla un principio, ley o fundamento general. El mundo es la ley de la gravedad y ésta por tanto, no es simplemente una interpretación. Imágenes, formas de representar, que hablan de una condición en donde como nunca antes, en términos de Heidegger, el objeto producido es confundido con la cosa misma; en donde la verdad del saber es un producto humano –fruto de su capacidad especulativa– que se cree es el secreto mismo del mundo. De este modo, Heidegger termina por señalar que esa forma de conocimiento, no es más

---

2. Es obvio que existen diferencias marcadas por las transformaciones que las Ciencias Humanas y Sociales han tenido a lo largo del siglo XX hasta nuestros días, así como las Ciencias Exactas y Naturales también se han transformado. En ese proceso, en todo caso, el debate no se ha zanjado y todavía hay quienes endilgan la poca *cientificidad* de los saberes humanos; no de otra forma, el debate que Alan Sokal planteó en la década de 1990 no tendría sentido, o no de otro modo el afán de la psiquiatría por separarse de la psicología y del psicoanálisis (a los que considera pocos científicos) no estaría a la orden del día, hoy por hoy.

que una vuelta de tuerca del pensamiento metafísico que cree que el ser es igual a la representación que de él hacemos y sobre todo, que confunde la verdad con la imagen.

Ahora bien, podríamos poner en duda esa salida final de Heidegger, máxime si consideramos que no hay cultura ni horizonte vital por fuera de sus representaciones; no somos más que la imagen del mundo que nos fabricamos (desde el mito, la ciencia, el arte) y eso es lo que llamamos realidad (Wittgenstein, dixit). Empero, podríamos aceptar que ese afán por la verdad y por creer que la verdad moderna encuentra en el modelo de la ciencia su piedra de toque, sí es algo que nos compete y que nos debe inquietar. Probablemente, si avisados estamos de ello, intuimos que un verdadero científico sabe que sus afirmaciones son provisionales y que, tal como señaló Ricoeur en su momento, si los saberes humanos y las artes hacen metáforas, las ciencias se valen de procesos de modelización que son formas de la condición simbólica para hacer metáfora.

Sin embargo, eso lo saben algunos y lo paradójico es que la gran mayoría –quizás no los científicos ni los intelectuales, eso sí– esperan de la ciencia resultados y derivas pragmáticas o al menos explicaciones que sirvan de consuelo ante la inevitable insuficiencia del vivir. El común de la gente no piensa que el médico sabe sino que más bien *cree* que él puede curar; esperamos que el científico nos diga cómo es el universo, que nos de la verdad de la vida, que nos salve de alguna manera; en fin, esperamos que el que sabe –incluyendo los que nos movemos en las ciencias humanas– pueda dar soluciones. El común de la gente está atrapada en esa *imagen del mundo* y lo más aterrador es que las instituciones también lo están; es decir, las instituciones que tienen el poder económico y político creen que el saber producido –por ejemplo, en el ámbito universitario– debe servir para solucionar problemas del atraso tecno-científico del país o para explicar nuestras crisis políticas y sociales. Sobre esa falacia, que evidentemente confunde la imagen (es decir, la representación) con la cosa misma, es que se trazan políticas de investigación y además, es desde donde emergen una serie de requisitos institucionales como si fueran el deber ser de todo aquel que arriba a la docencia universitaria por encima incluso de la condición básica: ser un buen profesor, es decir un buen transmisor de saber. Veamos con cuidado esto y demos un rodeo para entender qué es lo que se quiere afirmar.





Hace cerca de un año, en julio de 2014, el país se escandalizó por el bajo resultado de nuestros jóvenes de bachillerato en las pruebas PISA, de las cuales francamente no se tenía mucha idea hasta esa época en que por lo medios de comunicación, varios se rasgaron las vestiduras o lanzaron culpas a diestra y siniestra. En ese momento, no estaba claro en qué consistían dichas pruebas, pero luego se supo que las mismas son un sistema de evaluación realizado por la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos) de la cual Colombia aspira ser miembro; una organización que se centra en el crecimiento económico y desde ahí traza políticas educativas para los países miembros. Por eso, en dichas pruebas se miden a más de matemáticas, comprensión lectora y ciencias, un ítem de habilidades financieras: sobre manejo de sistemas de crédito, uso de tarjetas y dinero electrónico y supongo, algo de habilidades en matemáticas financieras. Ese patrón de medida indica muy bien, qué es lo que busca la OCDE y sus pruebas PISA en particular: legitimar el discurso, que se nos ha vuelto normal, de que todos debemos ser empresarios en potencia (eso que con un pésimo castellano, algunos llaman *emprendimiento*, y que debería más bien denominarse *empeño*), autónomos y sobre todo, que en el futuro no tendremos garantía laboral alguna porque todos somos *pequeños empresarios* que es lo mismo que decir, empleados sin jefe y sometidos a una tiranía que no sabemos de dónde viene y que terminamos por atribuir a nuestras incapacidades.

Lo evidente en todo caso, de estas pruebas, es que la educación *comme il faut*, es decir, la que debe imponerse, es aquella que sirva para forjar un modelo de hombre que sea emprendedor, innovador y que se ajuste a una imagen del mundo que idealmente nos haga creer que estamos ya en el ámbito de la plena libertad. La educación debería servir para forjar ya no ciudadanos, sino empresarios e innovadores (una palabra que nos gusta tanto en Medellín). El modelo, cabe aclarar, no es un problema que se quede en la secundaria, sino algo que debe permear todos los niveles de la educación y que como bajo continuo debe acompañar desde la más tierna edad hasta los últimos niveles de formación universitaria, incluyendo los doctorados. En virtud de ese modelo, las reformas universitarias —y ello para acercarnos a nuestro entorno— desde el famoso Plan de Bolonia han querido convertir a las universidades en los espacios en donde se consuma el proceso y en donde se da el salto efectivo de la formación a la incidencia real en la sociedad. Por eso, es que en nuestras universidades



se volvió un constante problema eso de la relación Universidad-Empresa porque a despecho de Heidegger no es que la ciencia opere como una empresa (una forma de organización) sino que sirve a la empresa y en particular al sector productivo y así tenemos Facultades en nuestra ciudad que se sustentan no del apoyo del Estado (como era tradición) sino de los contratos que hace con el sector empresarial a modo de prestación de servicios; contratos por lo demás, que son millonarios y muy lucrativos.

Ahora bien, todo ello porque la *imagen* además se ha cargado de otros elementos que siendo completamente convencionales, se han naturalizado de un modo tal, que nadie pone en duda o su bondad o incluso su existencia. Esa imagen es también la de que gracias al conocimiento, la ciencia y la técnica, es posible llevar una vida más adecuada, más larga, más sana y más feliz; esa imagen hace además, que a los saberes humanos (porque eso de ciencias, ya es un problema) se les haya encomendado una serie de tareas harto particulares. Historia, sociología, antropología, filosofía, entre otras, deberían servir o bien para pensar nuestros problemas y cómo resolverlos<sup>3</sup> o que alimenten caminos ideales: que construyan identidad, que sirvan para la memoria colectiva (y no es un ejercicio de anamnesis platónica, sino la convicción de que todo se puede recodar), y que presten los elementos discursivos y prácticos para la acción social, política o cultural. En otras palabras, el saber de la Universidad debe estar en función de una utilidad: mantener una imagen que se confunde con las cosas mismas.

En este sentido, el panorama de Heidegger en 1938 sin duda ha cambiado pero se puede columbrar que no ha mejorado. En su época, el Estado era omnipotente y bajo la férula del Gran Paranoico (por utilizar la fórmula de Elias Canetti) exigía del conocimiento unos propósitos determinados; hoy —y creo que los que nos hemos acercado a Foucault, no podemos pensar de otro modo—, las formas capilares del poder obligan a otra cosa: a que el saber universitario construya eso que tan pomposamente ha sido llamado como *sociedad del conocimiento* que es como decir una sociedad hecha alrededor de

---

3. A los historiadores, por ejemplo, todavía hay quien les exige que den cuenta del pasado, porque el que no lo conoce está dizque condenado a repetirlo... cualquier teoría de la historia desmiente esto, pero es que el problema no es la teoría sino el supuesto fin pragmático



ciertos saberes, que accede a la información (cierta información, claro está) de modo libre y que pone a circular sus aportes de forma igualmente libre. Sin embargo, es difícil creer que una tal sociedad sea posible a no ser que forcemos semánticamente la palabra sociedad que se rige por algo más que intercambio libre de información (que fue lo que Peter Drucker, creador de la expresión, pensó en su momento). Una sociedad en realidad, es un mar de contradicciones que no se resuelven nunca y cuya dinámica viene garantizada por esas mismas contradicciones (eso lo ha sabido siempre la sociología) y creer que una sociedad es solo intercambio de información es caer en la falacia de que lo social funciona igual que la Empresa productiva: Sociedad S.A, o Sociedad Cía. Ltda., podría ser la ilusión que se oculta bajo la confusión entre intercambio de información y construcción de la vida social.

Fijémonos en lo que se enuncia: intercambio de información. Es decir, velocidad en la misma que olvida un pequeño detalle: lo que construye una sociedad o un conjunto societario, o un grupo humano en general, no es la información, sino la transmisión de elementos; una sociedad no se informa en la inmediatez, sino que se forma en el tiempo. La advertencia de Régis Débray y la mediología creo que vale ser traída a esta discusión: lo que se le está pidiendo al sistema educativo y a la Universidad en particular, es que informe no que forme. Por eso, ya ni siquiera es la ciencia el modelo para hacer imagen del mundo, sino la empresa que en la inmediatez pide informes, planillas, datos y certificaciones. Por eso, en particular, es que en nuestras universidades cada vez más, el profesor opera como un funcionario haciendo informes, formatos, planillas y demás asuntos –el CvLac se volvió el Santo Grial de la vida universitaria–; por eso, es que eso es que investigar en Humanidades, Arte y Estética, es algo que no calza plenamente en este proceso. Veámoslo con cuidado:

1. El que de verdad investiga, mejor debería decirse, *piensa* desde lo que se han llamado las Humanidades (sea eso lo que sea), sabe que su campo de trabajo no es lo humano, sino propiamente lo *in-humano*. Y cuando decimos in-humano pienso en las reflexiones de Jean-François Lyotard donde lo humano es algo que está siempre produciéndose y que –bajo la lección que nos dejó André Leroi-Gourham– no existen más que formas de hominización que la cultura (más allá de lo biológico) determina



según un cierto horizonte técnico. Una técnica que debe entenderse siempre como *tecné* y en el fondo como *poieisis*, es decir, más que como formas de hacer formas de producción, formas de hacer mundo, de construir poéticamente el mundo.

De ahí, que al contrario de lo que creía Heidegger en sus reflexiones sobre la técnica, incluso el modo de hacer más inquietante –por ejemplo, lo que a él lo angustiaba y con razón, la producción de bombas atómicas– siempre comporta una forma de poesía de la existencia, que produce realidad y que bien mirada, nos enseña que la cosa en sí (lo que algunos llaman lo Real) no es solo kantianamente dicho algo imposible de asir, sino –nietzscheanamente dicho– una trampa de nuestro lenguaje.

Por tanto, investigar en humanidades no es buscar lo humano esencial, sino lo humano contingente, variable, lábil, poéticamente construido y sobre todo, es asombrarse por lo que se otea desde esa indagación: por formas de vida, modos de proceder, modos de pensar. Descubrir esa poiesis en todo hacer humano –incluso arriesgando a borrar la frontera entre lo poético y lo prosaico, lo cual no deja siempre de ser una tentación– es el reto de este tipo de investigaciones que pueden brindarnos la magia de todo lo posible, pero no espera que con su palabra se pueda salvar el mundo o decir qué hacer. Eso –qué hacer– se lo dejamos al político cuyo ejemplo de antaño es desafortunado: *qué hacer*, era la pregunta que respondía Lenin (y antes de él Chernichevski) y lo que la historia nos muestra es que los soviéticos pensaban que sabían qué hacer aunque en realidad no supieron qué hacer, por ejemplo, con sus artistas y escritores quienes si no emprendieron la vía del exilio pasaron largas y fatales temporadas en Siberia.

2. Pero además, si se investiga en Artes creo que vale la pena que el que investigue asuma los mismos riesgos de su *objeto*. Es obvio que el creador de lo que *institucionalmente* llamamos arte –y no entremos, al menos por hoy, a poner patas arriba dicha institución– es fundamentalmente un *buscador* de formas, texturas, colores, de modos de proceder, de sonoridades... En este sentido, así como se puede decir



que todo filósofo es una suerte de historiador de la filosofía, el artista es también un historiador del arte con la diferencia (o quizás la similitud) de que ese pasado no es un patrimonio que defiende sino algo con lo que juega. Si Picasso se fascinaba con las máscaras africanas o para hacer el Guernica miró algunas figuras de Matthias Grünewald, no quiere decir que estuviera haciendo una historia del arte a la manera de Wölfflin, sino que en su búsqueda una forma le había servido para producir su propia obra: no son copias sino creaciones a partir de esa tradición que además, él seleccionaba como quería.

Esta dinámica es lo mismo que debería hacer el investigador de Artes y del campo de la Estética, quien debería empezar a reconocerse como un *buscador*. Y lo decimos así por lo repelente que resulta muchas veces la palabra investigación que supone –según el orden institucional– un método general, aplicable a todo un campo de objetos. En realidad, quien indaga en este terreno no tiene más que las potencias de la interpretación, de una hermenéutica que se sabe provisional y que es parcial. Ya Kant, en *La Crítica del Juicio*, había señalado ese carácter de interpretación del Juicio de Gusto y si bien él creía en la universalidad del mismo (que no quiere decir unanimidad) ello apunta a que la interpretación que comporta, en cuanto Juicio Reflexionante, se puede comunicar sin que ello implique transparencia comunicativa. El investigador en el campo de la estética y de las artes (sobra decir, que no son lo mismo) es un intérprete como lo es el artista y como lo es el verdadero científico que sabe que su modelo puede ser en el día de mañana (días, meses, años, siglos) sustituido por otro.

Por eso, en cuanto buscador es decir intérprete, inventa caminos según aquello que quiera pensar. Si es un hermeneuta bien sabemos que la hermenéutica no es un método universal y que tantas formas de interpretación hay como intérpretes; como no es un método el buscador en realidad utiliza una *metódica* en su indagación: un modus que se produce a medida que se ahonda en aquello que se indaga.

3. En esa medida, quien se afana por estos terrenos también es consciente de que su hacer es una *poiesis* y que implicada en su labor hay una forma de producir y sobre todo de producirse a sí mismo. La lec-



ción de Foucault de que uno piensa y busca aquello que le concierne, es algo que vale tener en cuenta. Producir interpretación es tratar de descubrir la propia existencia como obra de arte y por tanto, el buscador de estos terrenos debería tener la libertad para producir los objetos que realmente le importen, aquello que le acucie como *ec-sistente* (dicho a la manera de Heidegger), como *ser-en-el-mundo*.

Por tanto, no se trata de hacer lo que se demande desde afuera, sino aquello que realmente nos importe, nos interpele. Allí era en donde Heidegger tenía razón, aunque valga anotar que en su desazón no fue capaz de valorar las búsquedas de otros (por ejemplo, la antropología filosófica de Cassirer o la lingüística de Ferdinand de Saussure). Tenía razón si asumimos que buscar (llámenlo si quieren, por la fuerza de la costumbre, investigar) es habitar poéticamente el mundo y que implica asumir riesgos, siendo el primero de ellos, la incompreensión (más en un medio que cree que la verdad es posible y que todo se puede solucionar) y sobre todo la incertidumbre. Si buscamos en estos terrenos es para ahondar en preguntas y no para obtener respuestas; al fin y al cabo, éstas siempre son provisionales y no emergen porque sí, sino que se producen.

Pero además, si esa poética de la existencia está en el horizonte, entonces pensemos que hay algo de lo singular que no puede ser del interés de todos. A veces, casi siempre, creemos que es posible construir conocimiento colectivo —y creo que acá se ha malentendido a Pierre Lévy— y olvidamos que cada uno está en la obligación de hacer su propio camino. Si la respuesta es provisional no sólo es porque luego vendrá otro a hacer otra interpretación, sino porque ella misma lleva en su condición un aspecto de imponderable que no vale más que para alguien o algunos —muy pocos, en realidad—. En este sentido, bien vale la pena que reconozcamos sin vergüenza ninguna, que no se requiere de un Grupo, y menos de un Grupo de Investigación (institucionalmente reconocido en un GrupLac, el otro objeto sagrado de la vida universitaria) para poder pensar y buscar aquello que nos acucia y que compromete nuestro ser.

# CONTENIDO

## PRESENTACIÓN

3

Investigar desde la época  
de la imagen del submundo



## ARTÍCULOS CENTRALES

17

**Retórica y franqueza en el  
discurso en la democracia**

Carlos Rojas Osorio

35

**Mafalda: ¿entre lo popular  
y la popularidad?**

Miriam E. Goldstein

64

**¿Qué es un estetograma?  
Reflexiones en  
torno al devenir  
sensible del espacio**

Juan Diego Parra Valencia

87

**Todo empezó  
con un número  
equivocado  
II parte**

Julián Sepúlveda Orozco

138

**La experiencia  
estética y creativa  
como formas de  
resistencia**

Andrés Ramírez Vásquez

## RESEÑAS

# 159

---

**IMÁGENES, SOBRE TODO**  
Sobre la exposición *8 Series*  
*Fotográficas*, de Diego Augusto  
Arango B., 4 de febrero al 4 de  
marzo de 2015, en la Sala de Artes  
de la Universidad de Medellín  
Manuel Bernardo Rojas López

## ARTISTAS INVITADOS

# 176

---

Natalia Giraldo Giraldo  
presenta su obra

## DE LOS AUTORES

# 189





Calle 59A No. 63-20, Autopista Norte,  
Núcleo El Volador, Bloque 43, oficina. 419

Conmutador: (57-4) 430 98 88 Ext. 46218 Fax: (57-4) 260 44 51

Correo electrónico: [redestetica\\_med@unal.edu.co](mailto:redestetica_med@unal.edu.co)

Medellín, Colombia, Sur América